

# DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL ILMO. SEÑOR

**D. JOSÉ MORENO NIETO**

**EL DÍA 3 DE NOVIEMBRE DE 1876**

EN EL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CATEDRAS

---

EMPRESA

DEL BOLETIN OFICIAL DEL ATENEO

*calle de San Mateo, 11, bajo*

MADRID

---

Es propiedad de la Empresa  
del *Boletín del Ateneo* y queda  
prohibida su reimpresión.

---

---

Madrid, 1876.—Imp. de Manuel G. Hernandez, San Miguel, 22, bajo.

# DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL ILMO. SEÑOR

**D. JOSÉ MORENO NIETO**

**EL DÍA 3 DE NOVIEMBRE DE 1876**

EN EL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CATEDRAS



EMPRESA

DEL BOLETIN OFICIAL DEL ATENEO

*calle de San Mateo, 11, bajo*

MADRID



---

---

SEÑORES:

Lo grave de la ocasion embarga mi ánimo Desde este sitio han hecho la apertura del Ateneo algunos de los más señalados oradores de nuestra patria: Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, Cánovas del Castillo, el marqués de Molins. ¡Qué nombres, señores! Solo tiene derecho á hablaros en tan solemne momento el que sea igual á ellos. ¿Y cómo he de creerme yo su émulo y su igual? Pudo justificar vuestra eleccion para tan codiciado cargo mi constante y apasionado amor á esta corporacion insigne, en que, más joven, he encontrado siempre la inspiracion y el calor que dan los altos pensamientos que aquí como en su patria natural palpitan y circulan, y que ya, cuando más entrado en años veo desaparecer halagüeñas ilusiones ó siento mi ánimo tomado de angustia y desencanto en medio de nuestros turbados días, busco y hallo en él como en sagrado recinto la calma que consuela y fortifica, y el per-

fume de la ciencia, asilo hoy de los corazones desolados y las almas afligidas. ¿Mas para caso tan grave como el presente tenia la autoridad que dan grandes victorias en empeños literarios ú obras en que se vean lucir lo profundo de la razon y lo escogido y variado de las doctrinas, ótrabajos de otra índole, de esos que grangean envidiable fama y renombre? ¿Tenia siquiera aquella posicion que mueve al respeto y prepara á la benevolencia?—¿Pedisteis sólo consejo á vuestro cariño hácia mí? ¡Quiera Dios que un momento de casual y feliz inspiracion me dé que pueda responder de algun modo á vuestras esperanzas!

¿Y con qué deberé yo ocupar hoy vuestra atencion? Mucho he vacilado, inclinándome á veces á tratar ora un problema, ora otro de los muchos que en nuestros dias nos apenan y conturban, así en el órden filosófico como en el social, y aun en el de las ciencias que á la naturaleza se refieren; pero teniendo en cuenta la índole de este trabajo y el carácter de esta gran institucion, creada en los comienzos de nuestra regeneracion política para procurar y fomentar la alta cultura del espíritu; y considerando las grandes necesidades que se sienten ahora en la esfera del pensamiento, me ha parecido que debiera tomar por asunto, no ya tal ó cual problema, sino el problema total de la ciencia y de la vida. No se trata hoy de renovar una ú otra rama de los saberes, ó tal ó cual parte de alguno de ellos, sino que se aspira á cambiar la ciencia toda, á mudar la manera de pensar, y para decirlo de una vez, á reemplazar la antigua concepcion del sér y de la vida, por nuevas, y algunas de ellas, extrañas concepciones. *Recedant vetes, nova sint omnia: destruam et edi-*

*ficabo*: tales son algunos de los temas que se ponen en esas arrogantes fábricas que por doquiera va levantando la razón moderna, —Y en medio de este trabajo, desacreditados los antiguos ideales, abierto el pensamiento á esperanzas de universal renovación y de porvenir venturoso, y empeñado en variadas y opuestas direcciones que han iniciado hombres de singular audacia é ingenio peregrino, nos hallamos hoy rodeados de incertidumbres y de dudas, no sabiendo nuestra razón á dónde convertirse y cuál estrella polar tomar para orientarse.— Pues en esta hora de incertidumbre y fatiga, quizá penseis conmigo que es por demás conveniente echar una ojeada sobre el conjunto de ese trabajo gigantesco que se está cumpliendo, á nuestra vista en las regiones de la ciencia, y con desinterés, y ya que con temor por, lo difícil del acierto, pero con franqueza, ir señalando los principales errores que turban estas grandes corrientes, y ver así de preparar en la medida de nuestras fuerzas, y según lo consienta la, todavía no bien aparejada al intento, hora presente, de preparar, vuelvo á decir, la sentencia final que habrá de pronunciar el espíritu de la historia, separando en su día el grano de la neguilla, y de la verdad, que funda, engrandece y eleva, el error, que destruye, pervierte y extravía.

## I.

Uno de los más grandes y capitales errores que se han proclamado en la época moderna, es el que consiste en negar la realidad objetiva de los conceptos y principios racionales, ó si decimos de lo inteligible, de lo que en sí constituye lo verdadero, y aquel otro de que los conocimientos que se refieren á la experiencia sensible, nos ofrecen sólo una sombra, un reflejo de la realidad, en los cuales no son dadas las cosas y los seres como en sí son, sino como aparecen al hombre por su faz exterior, al mirarlos desde sí mismo con los vidrios o cristales de sus sentidos y sus facultades. —Esta es la doctrina que expuso Kant en su conocida obra, la *Crítica de la razon pura*, que bien puede llamarse la expresion más hábil é ingeniosa, y el programa más claro y más terrible del excepticismo que se hiciera jamás. Semejantes gravísimos errores que atacan la raíz misma del conocimiento, han quedado en la ciencia desde la época de Kant como una tentacion de la razon y como un gran peligro para el saber del hombre. El positivismo contemporáneo se prevale hoy de esas doctrinas para hacer la guerra á la razon y á la filosofía, y afirma que lo universal, lo racional puro es idea sin realidad, concepto sin valor, un nombre no más con que se expresa el producto de la abstraccion y la genera-

lizacion. Y despues declara universal la subjetividad de los mismos conocimientos sensibles, los cuales, segun él, no nos dicen sino la modificacion que experimenta eso que se llama alma humana, á la cual no traen nada que exprese lo que las cosas sean fuera de esa relacion de sensacion y percepcion que produce el conocimiento.

El primero de estos dos grandes errores parte en Kant de la idea y supuesto de que lo que es racional, puede ser cosa ociosa y arbitraria, cuando no se concibe que ello aparezca en la razon humana sino porque es racional, es decir, porque es exigido por toda razon, es decir además, porque nada puede existir que sea inteligible y adecuado sin que á ello se someta y por ello se gobierne: de donde se deduce que ello es real, ó lo que equivale á esto, que todo lo que existe en el mundo realiza ese racional puro, ó todavía mejor, en ello se encarna y se expresa.— Nace ese error en los positivistas de la idea y supuesto tambien falsos de que lo racional puro es una creacion de la humana inteligencia, cuando en puridad es sólo una revelacion que se hace á la misma, y que se hace espontáneamente y de suyo, como que ese elemento constituye el contenido virtual de toda razon y por tanto de la razon humana que viene al mundo. Lo racional puro es lo absoluto, no lo absoluto sustantivo, es decir, no el sér absoluto, sino el pensamiento absoluto, lo que con profundo sentido se ha llamado el verbo, y por tanto, negarlo es afirmar el absurdo, es además afirmar lo imposible. Es afirmar lo absurdo, porque lo verdadero en sí es la base de toda afirmacion, y la afirmacion que vaya en contra de ello, es en todo el

valor de la palabra el absurdo: es además afirmar lo imposible, porque al negarlo, la razón pretende colocarse por cima y fuera de sí misma, lo cual implica y es imposible.

Reconozcámoslo, señores, de una vez y para siempre: los principios que forman lo racional puro son ciertos con certidumbre absoluta: contra ellos no vale la negación, y ellos valen contra todo excepcionalismo; y á la manera que son el azote y el tormento de aquella ciencia que se orienta y va hácia la nada, dan apoyo firmísimo y clarísima luz á aquella otra que va hacia el sér y la existencia. Desde Platon y Aristóteles, que reconocieron y proclamaron su absoluto valor y legitimidad, esta convicción se ha mantenido en la filosofía europea, y después de los trabajos que sobre ellos han hecho Hegel, Schleiermacher, Kuno Fischer, Trendelenburg, Ueberweg, Krause, Cousin y otros muchos escritores, bien podríamos decir que los que los niegan y desconocen se colocan fuera de la línea de las grandes inteligencias.

En cuanto al segundo error, que niega la verdad del conocimiento experimental, la doctrina de Kant y la de los positivistas peca de un defecto análogo, es decir, de no saber traspasar el punto de vista subjetivo y de no comprender lo que es en sí el conocimiento. Supone Kant que el mundo exterior y aun el interior son mera apariencia; mas esta apariencia, ó es todo ello fantasmagoría y conjunto de figuras ó hechos arbitrarios y caprichosos, ó presenta un inteligible y cierto orden y belleza. Si lo presentan, ¿no ofrece esto una prueba, por un lado, de que ese mundo que se nos aparece es una rea-

lidad, y por otro, que él es como es dado; pues que pensar lo contrario es irracional y á veces imposible? Irracional decimos y á veces imposible, y en esto que indico se halla la refutacion trascendental de este sistema que se presenta con aires de gran profundidad y que yo no puedo llamar sino ingenioso.—Este punto de vista crítico debe de combatirse desde las alturas de la ciencia primera, ó sea la metafísica, la cual declara que las cosas no pueden ser sino como son en la realidad actual, y nos la presenta la experiencia, es decir, que no hay más séres fuera y bajo de Dios sino la naturaleza y el espíritu, ni pueden darse en este, o en aquella, sino los individuos y las formas que conocemos, ni concebirse para su vida y la vida universal, leyes diferentes de las que realiza la experiencia. El criticismo ó subjetivismo padece del vicio fundamental de detenerse en el primer momento del conocer y del pensar, el cual es una preparacion ó digamos una investigacion preliminar y nada más. Y con esto se ve obligado á detener con violencia el vuelo é impulso del pensamiento, el cual quiere referir cada cosa á su principio; cada parte ó individuo al todo que lo abarca o contiene. Por eso cuando no se ve estraviado o detenido por el excepticismo, siguiendo esa marcha natural, y más que natural necesaria segun ley lógica y científica, considera cada una de las cosas que se dan en conocimiento inmediato, *sub specie æterni*, como decia Espinosa, y de este modo llega á las cimas del sér y de la existencia, allí ve la esencia de los séres, así los reales como los posibles, y la legislacion que los gobierna, y desde esas cimas, observando que la realidad finita no

puede ser más que expresión de las realidades ideales, da al mundo y á su conocimiento un carácter que le levanta sobre todas las dudas de las escuelas críticas y excépticas.—Antes que la moderna filosofía, desenvolviendo los elementos que ya se encontraban con sentido algo diferente en la tradición platónica, fijara y aclarase estos puntos de vista y maneras de ver de tan capital importancia, tenían excusa esas dudas y negaciones: teníanla en los tiempos de Kant; mas hoy yo no encuentro explicación plausible para ellas.

Ni ménos comprendo lo que sostiene en este punto con convicción cada día creciente el positivismo, cuyas ingeniosas observaciones yo no diré que no sean seductoras, pero carecen de sentido verdaderamente filosófico. Porque si es verdad que la sensación y áun la percepción ocasionada por ciertos sentidos dice sólo ó principalmente relación entre el objeto y el sujeto y no, cualidad esencial de aquel, pero otros, y cabalmente aquellos en que fundamos ordinariamente el conocimiento, son representativos, y suministrándonos lo que las cosas manifiestan por su exterior al punto que llegan á la existencia, nos enseñan por este sólo hecho la esencia de esas cosas por la sencilla razón de que la esencia, una vez concretada y entrando en la corriente de la vida, no puede dejar de manifestarse, y de que no la es dado hacerlo sino en una forma adecuada á sí misma.—Esto se aclara y prueba fijándose en aquel principio cierto é indudable en toda verdadera metafísica, de que los seres del universo y las cosas que él contiene son realizaciones de ideas, y pensando en esto luego al

punto se vé que las ideas encarnándose toman forma y contornos que las hacen visibles al ojo físico y á la humana inteligencia, y que al recoger el hombre por la observacion las formas y figuras y colores y los varios giros y movimientos y los fenómenos tan variados que se despliegan en esa escena que alumbrá el sol del firmamento, lo que ve en eso que llamamos apariencias son las vestiduras que toman las ideas, sus símbolos vivos bajo los cuales ellas palpitan, y al través de esas vestiduras ve las ideas que son la eterna y única esencia de la universalidad de los séres.—Después de haber afirmado lo indudable de los principios racionales, añadamos ahora que lo experimental y sensible es sólo la manifestacion de las ideas realizadas y la exteriorizacion de la esencia de cada sér en cuanto vive y, se desenvuelve, y como corolario que el conocimiento que de las cosas finitas adquirimos por medio de la observacion es legítimo y verdadero y da á nuestro entendimiento la vision directa y adecuada de las realidades finitas.

Y ahora, como supremo resultado de estas afirmaciones preliminares, fuerza es añadir que mediante ese racional puro que forma el contenido y sustancia de la razon y de la humana como de cualquiera otra, nos es dado llegar á la certidumbre de la legitimidad de ese conocimiento relativo á los séres finitos, ó digamos de todo conocimiento experimental, y ulteriormente al conocimiento de la realidad suprema que llamamos Dios. Kant, en su trabajo crítico ha pretendido negar al humano pensamiento la posibilidad de afirmar la existencia de Dios. Su trabajo, tan admirado y enaltecido, con-

siste en hacer en esta parte, como en las demás de la *Crítica de la razón pura*, un uso escéptico de la razón, y como la niega á ésta virtud y poder de hacer valer sus faltas como expresión de la verdad, llega por fuerza á la negación; pero su procedimiento es arbitrario y sus argumentos no son á menudo sino paralogismos y sofismas. Hegel, ese autor que después nos dará sólo un Dios pura noción ó un Dios suma y compendio del espíritu humano, en la totalidad de sus manifestaciones y desarrollos, ha hecho, sin embargo, una crítica profunda del trabajo de Kant sobre esta materia, y su refutación parécenos que no deja en pié ni uno sólo de los razonamientos del patriarca del moderno escepticismo. Estos, sin embargo, se repiten todos los días, y en ellos pretende el ateísmo hallar argumentos victoriosos. ¡Pobre y desconsoladora doctrina ésta del ateísmo: y más que desconsoladora, falsísima y absurda!

La idea de Dios está supuesta en la visión de todo ser y de todo movimiento como su causa, su fundamento, su razón. Por eso sube á él la humana inteligencia por natural impulso y es atraída hacia él como á su centro. Porque es el principio y el origen de cuanto existe y la soberana explicación de cuanto sucede y vive. El mundo es conjunto sistemático de seres y sustancias y de formas y de fuerzas. Partiendo desde lo último realizado, desde la humanidad, bajamos á los pueblos, de éstos á las familias, de las familias al hombre, de éste á los animales con sus órdenes, géneros, familias, especies ordenadas gerárquicamente, de éstas á las plantas con su infinita variedad de formas, tam-

bien armónicamente ordenadas: y descendiendo, vemos capas inmensas sobrepuestas en este nuestro mundo que de unas en otras nos llevan hasta las primitivas y éstas á un momento en que el planeta se hallaba en estado incandescente, en estado de nebulosa, y lo mismo vemos o sospechamos que ha pasado en otros mundos. Es decir, donde quiera vemos un proceso, una historia, un encadenamiento de efectos y causas. En este proceso y esta historia, el espíritu humano conoce ya con más ó ménos precision la hora en que aparecieron en el mundo las varias familias de séres: sabe que empezaron en un momento del tiempo, el cual no está separado por distancias que no pueda medir: en las grandes condensaciones y apariciones cósmicas, la distancia se agranda hasta parecer infinita, pero afirma que han empezado y, aunque lejano, declara el momento en que la nebulosa se enfrió y condensó, en que la materia cósmica hubo de reunirse en torno de un centro y de moverse sobre invisibles ejes; dice, en fin, que todo lo que sus oídos oyen y sus ojos ven, y cuanto sospecha ó induce como siendo y viviendo en el cosmos ha empezado—Ahora bien: en esta série de efectos y causas, ¿quién engendró el primer movimiento? ¿Esa fuerza que produce los fenómenos, si no es sustancia y es sólo impulso, de qué energía nace? ¿Quién ha diferenciado esa fuerza, quién creado los centros en torno de los cuales se ha concentrado la materia cósmica y esos otros que hacen girar los cuerpos estelares y planetarios en concertados movimientos? ¿Quién ha formulado la ley segun que se arreglan las moléculas, y dado á éstas, formas y moldes tan

vistosos, ricos y variados; quién ha ideado las trazas del universo mundo y sus gerarquías y sus numerosas especies de seres?—La razón dice que para todo esto ha de haber una energía absoluta que ha producido esos comienzos, una fuerza eterna é increada de que es manifestación y resultado la que circula por el mundo, una causa que, además de inteligente y libre, sea trascendental, es decir, que sea exterior y superior á la série cósmica, porque sólo así se explica el comienzo, la evolución y la série. En resolución: el mundo, en cuanto es conjunto de seres finitos y condicionados, no se explica sino por un sér infinito y absoluto, ni en cuanto série de causas y efectos, se concibe sino como resultado de una causa absoluta que tenga en sí misma su propia razón.—Pues esa causa y ese sér es lo que llamamos Dios: sér inmenso, incomensurable; fuerza eterna é increada, poder infinito que todo lo crea, sustancia absoluta y esencia absoluta que contiene en sí todas las esencias y todas las sustancias; fuente inagotable de toda vida, *logos* absoluto, sumo bien y belleza suma, alfa, en fin, y omega de todas las cosas. Al punto que aparece ante la razón, entreábranse para ella los mudos abismos del sér, y los grandes misterios de la vida reciben satisfactoria solución. Yo no comprendo, sin Dios, el pensamiento, ni la existencia, ni el vivir, ni el mudar, ni la razón, la verdad, la belleza, ni la justicia. Él es quien todo lo aclara, quien todo lo ordena, quien todo lo funda: sin él no puede decirse ni de donde las cosas vienen, ni por qué son, ni á dónde van: si regresando en la série de los seres se sube hasta él, nos da la unidad que condensa todas

las diferencias: si ascendiendo en el órden de la vida ponemos en él el pensamiento, nos da la unidad que resuelve todas las contradicciones. El es, pues, para la ciencia la luz de la razon, la suprema direccion, la estrella polar que la guia por los infinitos espacios de su larga carrera.

Las filosofias de esos hijos de la tierra, como les llama Platon, que se niegan á reconocer como existente otras cosas que las que sus ojos ven y palpan sus manos, han arrojado al gran sér de su desdichada ciencia, y ella ha quedado rodeada de oscuridades y de sombras. Al dirigir la mirada sobre el mundo que nos ofrecen, se advierten en él vacíos incomensurables cuya contemplacion. pone en el espíritu no sé qué estremecimiento o estupor, ó impresion, que se parece á la que dejan en el hombre las tinieblas y la noche fria. ¿Qué concepcion pueden dar esas filosofias de la vida? ¿Cómo resolverán el problema de la existencia universal?

Ocasion es ahora de indicar los principales errores que las escuelas contemporáneas propagan al dar sus convicciones sobre esa cuestion.

## II.

El primer grande error que vamos á examinar al llegar á este momento de la ciencia que constituye lo que se llama su parte objetiva, es ese á que hemos aludido en las últimas palabras, es, á saber, el

materialismo, al cual se designa con más propiedad llamándole mecanismo.—Este sistema quiere construir y explicar el mundo sin Dios, es decir, sin una causa trascendental que le dé origen y sin ideas, es decir, sin el elemento que da á cada sér su esencia y le diferencia y determina, y que dá al mundo que pueda ser un organismo y un sistema.—El mecanismo pone como un absoluto la fuerza cósmica y el átomo ó molécula, y dotándola además de una virtud ó cualidad plástica, y, si vale la palabra, constructora y formatriz, la hace moverse en un *devenir* continuo y série ascendente, en la cual, mediante sólo impulso ciego y acciones y reacciones que se multiplican en un tiempo infinita, se verifican trasformaciones sin cuento y van brotando los mundos, y dentro de cada uno de ellos, ó si no dentro del que habitamos, los cristales, las rocas, los terrenos, y despues, como por arte de encantamiento, las plantas, los animales, los hombres y las sociedades, y el lenguaje, y las instituciones, y el arte, y la ciencia, y, para decirlo de una vez, el mundo de la naturaleza y el del espíritu con todas sus grandezas, y todas sus armonías, y todas sus maravillas.

¡Pobre y desdichada concepcion! Los átomos y las moléculas movidas y empujadas en el espacio infinito por esa fuerza indivisa é indeterminada que ella coloca en el comienzo de su proceso cósmico, no pueden producir ni nos dan sino la imágen de un polvo infinito, de un como torbellino, del cual sólo puede nacer el caos. Allí no existe principio de diferenciacion, ni determinacion, ni nada que sea apreciable é inteligible: el caos, este es la forma nece-

saría y definitiva de semejante movimiento, que no puede expresarse ni concebirse sino como empujando, condensando y rarificando las moléculas. El caos no puede aclararse ni puede abrirse para dar paso al sér y á la vida sin una inteligencia que ordene y sin ideas que dirijan y determinen.—Esos génesis de Laplace y de Spencer, repetidos hoy hasta la saciedad por muchedumbre de escritores, parécenme ingeniosos artificios de que he de decir, aunque haya de escandalizar á muchos, que no pueden tenerse ante la ciencia imparcial y serena.

Y dado que admitamos los primeros grados del proceso, y suponiendo que esas formaciones sencillas y que pueden llamarse preliminares en el proceso general, pueden explicarse sin el primer impulso creador y formador y sin ideas ordenadoras, no es posible, va fuera de todo razonable discurso el admitir esa explicacion mecánica para todas las demás creaciones de la série evolutiva, aquellas cabalmente que expresan las verdaderas realidades ó si decimos los séres. En este punto la explicacion mecánica considerada en el terreno filosófico raya en lo paradójico y lo absurdo. Porque suponer que la fuerza mecánica actuando con la materia y sobre ella pueda engendrar y dar de sí séres que expresan en su organizacion un plan regular, armónico y gerárquico en sus partes, el cual es como manifestacion de un tipo, de un concepto: suponer que un movimiento de esa energía tan ciega, aunque se conciba como interior al mundo, pueda producir séres que tienen cualidades distintas y superiores á las del elemento que los engendra y potencias que van mucho más allá que la fuerza de que se derivan,

tanto vale como afirmar, segun dice á otro propósito Gratry, que una cantidad cualquiera puede aumentarse por sí misma sin adición alguna, que lo ménos puede hacerse más por sí mismo, que una corriente de agua puede subir más alto que está la fuente de que nace, que las conclusiones son más extensas que las premisas, y en suma que hay efectos sin causa. Por más que haga el positivismo materialista, nunca podrá explicar con sus principios la evolucion que finge, en la cual van elevándose las formas, perfeccionándose los séres sólo por transformaciones de la fuerza mecánica y de los átomos. Lo mismo no engendrará nunca más que lo mismo: y por eso de movimientos ciegos y mecánicos no podrá salir cosa alguna que manifieste un orden ó idea ó plan preconcebido, y por consecuencia no podrá salir un organismo: ni de materia bruta, inerte é inconsciente puede derivarse el espíritu que es conscio, espontáneo y libre, y que en sucesivos desenvolvimientos se eleva á lo absoluto.

Y ved las trazas y singulares arbitrios con que pretende explicar ese sistema la evolucion que presenta del mundo. Notad que los hechos que tiene que aclarar, son los de la aparición de la vida y la aparición de la conciencia, ó si decimos la aparición de los séres orgánicos y sus grados y formas sucesivas, y luego la del espíritu con todas las manifestaciones anteriores que le preparan y anuncian. —Pues cuanto á lo primero, él salva de un salto el abismo que separa lo inorgánico de lo orgánico. Todo son vagas indicaciones, titubeos y algo que semeja á la prestidigitación. El carbono, dicen algunos, elemento fundamental del compuesto or

gánico, tiene cualidades especiales y en ellas ha de buscarse ese principio plástico que como un Dios interior o como desconocido artista, amasa y trabaja los materiales y los trasforma en organismos.— Otros van buscando en ciertos movimientos concéntricos, o en movimientos reflejos, ó en el juego de las atracciones y repulsiones, la explicacion del gran misterio, y todos suelen acabar por negar el problema diciendo que lo inorgánico y lo orgánico son en el fondo idénticos.

¡Sofismas! ¡Palabras y no más que palabras!— ¡Idénticos lo orgánico y lo inorgánico! ¡La mera union de moléculas en formas geométricas, rígidas, idénticas á aquella otra en que se ven esas moléculas ordenadas y arregladas en células, tejidos, órganos y aparatos, constituyendo un organismo, es decir, un sér que desarrolla su esencia en un cielo cuyos momentos son el nacimiento, el desarrollo, la decadencia, la muerte! ¡Y todo esto ha de ser producto de las fuerzas físicas y químicas! ¿No os parece mucho dar á esos elementos tan pobres, privados de conciencia. y de propia virtualidad que puedan hacer verdadera obra de artistas? Para no hablar de lo demás, conoceis algo de tan singular artificio y de construccion tan primorosa como los órganos del oido y de la vista? ¿Cómo ha podido formarles la casualidad ó el capricho?

Ya en posesion del organismo, veamos cómo se ingenia para darnos la variedad de sus especies y su ordenacion gerárquica y su creciente perfeccion. Examinadas sus doctrinas, paréceme que indican dos procedimientos, el que llamaremos de la adaptacion al medio ambiente, y el de la concurrencia vital, la

seleccion y la herencia. —El primero dice que siendo el organismo un producto de las fuerzas físicas, el cambio de éstas produce en las formas y funciones de ese organismo un cambio correspondiente y tal como es necesario para que pueda él seguir desenvolviéndose y cumplir el ciclo que constituye su vida. En semejante teoría obran como factores el medio ambiente y el sér orgánico mismo; aquel, determinando en parte el cambio por su acción directa, y en parte dando ocasión á que el sér orgánico por propio movimiento y por necesidad de su vida se esfuerce en acomodarse á las exigencias del mismo.—Esta doctrina de Lamarck, el gran fundador del trasformismo, mediante la cual pretendía explicar satisfactoriamente la diferente manera de ser de los animales que viven sobre la tierra, en las aguas y en el aire, ha recibido, al decir de muchos, una brillante confirmación del estudio de las varias floras y faunas de las grandes épocas geológicas. Yo, sin embargo, reconociendo su grandeza y sin negar los fundamentos que puedan abonarla, afirma que es incapaz de explicar y de dar cuenta de aquello que pretende. En las generalidades á que debo aquí ceñirme, sólo haré una consideración. El medio ambiente y las influencias físicas sólo pueden obrar en el sentido de la compresión ó de la expansión de los órganos. Esta compresión y expansión se comprende fácilmente, y cabe que pueda un órgano rebajarse, achicarse y atrofiarse á poder y bajo el influjo de las fuerzas que obran en este sentido: como cabe que el sér orgánico se esfuerce en agrandar y desenvolver sus órganos para acomodarse al medio exterior en que

vive. Pero es que cada especie expresa un tipo diferente, ó si no cada una de ellas un tipo, es indudable que existen cuatro grandes planes de composicion diferente, cuyas líneas y contornos y la direccion de ellas son, no sólo distintos, sino bajo ciertos respectos opuestos.—Ahora bien: las causas físicas no pueden obrar nunca sino en el sentido de una direccion determinada, y en cuanto al movimiento del sér, tendria que colocarse fuera de sí mismo para darse una forma diferente y órganos apropiados á ella. Pues esto implica, es decir, es absurdo y por serlo, la experiencia consultada con desinterés é imparcialidad como lo ha, sido por los Baer, los Agassiz, los de Barrande y otros insignes naturalistas, lejos de confirmar, contradice ese caprichoso y arbitrario transformismo que sólo ha podido cundir y propagarse en esta época de verdadera decadencia filosófica y en medio del eclipse del gran inspirador de la ciencia, el idealismo realista.

El otro procedimiento de que hablaba poco há, ideado por Darwin, paréceme ménos importante. En resolucion, él no dice sino que en cada especie se producen diferencias individuales, las cuales cuando expresan una perfeccion hace que los individuos que las poseen prevalezcan en la concurrencia vital que sostiene todos los séres, se acentúan luego mediante la seleccion, y se fijan por la herencia, constituyéndose á poder de todo esto, una nueva, especie que por igual proceso, va á cambiarse en otra superior. Esta doctrina expresa hechos de cierta verdad, por los cuales se nos ha revelado la manera como se cumplen ciertas variedades individuales, pero parécenme esas causas, como causas. creadoras

de las especies, sobrado pequeñas é impotentes para las grandes cosas que quieren explicar. Bien mirado ese sistema, lo que hace es sumar y agrandar las excelencias y perfecciones de los individuos de una raza. Ahora bien: sumadas en cada especie cuantas excelencias pueda ella consentir, aunque las llevemos hasta el infinito, no darán de sí una especie distinta, sino un individuo más perfecto de su especie. Porque estas no expresan solo, ni principalmente mayor ó menor grado de perfeccion en cualidades características, sino distinta forma, por más que cada una ocupe más alto ó más bajo lugar en la escala de los séres. A consentírmelo la ocasion, yo os haria ver lo fútil de estas doctrinas, las cuales merecen sólo el nombre de artificiosas hipótesis.

Y todo lo hasta ahora dicho pertenece á lo que es del dominio, en cierto modo, de la materia y de las energías físicas: que si llegamos á la region en que aparece y vive el alma, lo falso de las doctrinas es mucho mayor, y para mí lo es tanto, que casi siento nacer la indignacion ante su ligereza y su audacia incomparable.—¿Y cómo no? El alma, aun la de los brutos, es por todo extremo distinta y opuesta á la materia y á la fuerza física; sus cualidades son distintas, sus notas y atributos sin relacion alguna esencial con las de éstas; su vida, sus funciones, su nacimiento, su desarrollo, su muerte, separado de todo lo que es y puede sér esa fuerza y esa materia por insondables abismos. El alma es sér, la materia es esencia entre el sér y la nada, como decia con frase sublime el inmortal Platon, y la fuerza misma es parte, es efecto, es representacion sólo de un

impulso del sér. ¿Qué puede, pues, haber de comun entre esa fuerza y esa materia y el alma, la psychis? Demos que desde el cristal se llega por casualidad á una cosa que tiene forma orgánica; pero, ¿cómo se explica que esa forma se mueva, no por impulso venido de fuera, sino por propio impulso? ¿Cómo se dirige á un objeto? ¿Cómo siente, cómo vé lo que está fuera? ¿Cómo lo desea y se encamina á ello, si es lo que sirve á sus deseos y apetitos? ¿Cómo esa forma llega á tener conciencia de sí?

El mecanismo no halla dificultades para nada de esto. La sensacion parécele un hecho tan natural y fácil, que no se detiene á esplicarlo. Enumera, es verdad, sus condiciones naturales, determina su proceso orgánico, y cree complacidamente haber aclarado todo. Cuanto al instinto, ya es otra cosa; pero, despues de todo, parécele que se conoce su origen y se explica perfectamente, diciendo que es el hábito trasmitido por la herencia. La inteligencia es sensacion trasformada, acumulada, repetida con más ó ménos vehemencia, y luego sumada ó generalizada. La conciencia es la totalidad de las sensaciones ya elaboradas reducidas á la unidad.—¡Qué série de hipótesis y supuestos imaginarios! ¡Qué de saltos mortales, qué de absurdos! Si esta hubiera de ser en definitiva la ciencia del siglo XIX, preciso seria llamar á este gran siglo la época de los grandes errores y de los increíbles extravíos.

Mas contemplemos todavía para sorprender al mecanismo en sus grandes errores y presenciar esa fábrica que pretende levantar y que no tiene verdad, ni hermosura, ni grandeza; contemplémosle, vuelvo á decir, en su psicología general, ó si que-

reis, en su historia. En ese génesis que traza al formar, según sus doctrinas, la ciencia universal, después que ha llegado describiendo la evolución á los últimos grados de la escala zoológica, cuando nos pinta la familia simioide, encuentra que algunos individuos de esta familia, tras de haber andado por tiempos trepando por los árboles, empezaron á andar en la llanura y á tomar la postura vertical, y estos monos, que durante muchos años todavía llevaron vida bestial, reunidos en tropas o manadas empezaron poco á poco á perfeccionar sus gritos y gestos, cambiándolos en esa cosa misteriosa de sin igual primor y artificio que llamamos lenguaje hablado. Ya en posesión de éste, y pudiendo merced á él conservar sus impresiones y recuerdos y generalizar sus impresiones, empezó una serie de desarrollos que coincidiendo con el descubrimiento del fuego y de los instrumentos de piedra; y después de los metales, fueron dando nacimiento á todos los desenvolvimientos sociales religiosos, artísticos, científicos, y á la mejora de su religión y de sus costumbres, y poco á poco y por grados á todas las civilizaciones cuyo conjunto forma la historia universal.

En toda esta novela, que no verdadera historia, con que el materialismo pretende trazarnos el desarrollo del humano linaje, faltan dos cosas esenciales: el agente de todo el progreso y de toda esa larga historia, y el elemento ideal y objetivo que explique y vivifique ese mundo. En la filosofía de la historia que ofrecen el panteísmo y el espiritua-lismo, la historia es obra, no física, sino humana; es decir, obra del espíritu, que tiene como su esen-

cia una virtualidad propia, mediante la cual causa y produce su vida. Esta, según el sentido de dichos sistemas, es desarrollo de propio contenido, y puesto que es el espíritu un ser que tiene esencia suya, virtualidad y contenido, la historia no es otra cosa que el sucesivo aparecer la manifestación gradual de ese contenido que va explicándose y desarrollándose en el espacio y el tiempo en estados sucesivos. Bajo estas concepciones, la historia no es sólo posible y concebible, sino una consecuencia natural y necesaria de la vida del espíritu. Mas en el positivismo, la historia es un enigma, mejor dicho, es una mentira. Para él no existe el espíritu con propia esencia ni con virtualidad verdadera: la fuerza física, siempre esa fuerza evolucionando y transformándose. Mas ¿qué significa eso de transformarse? ¿Qué significa eso de que la fuerza que lleva hacia el centro la piedra arrojada al aire, ó la que une los átomos en un compuesto químico, ó que empuja los astros en sus órbitas, emprende, subiendo, esa evolución, construye las matemáticas, crea las instituciones, ve y admira la belleza de los cielos, ó saca del mármol bruto la Vénus de Milo o levanta con piedras el Parthenon y la Alhambra? ¿Hay debajo de esa palabra, cuando se la trae para explicar por ella y con la fuerza física la construcción del mundo del espíritu, otra cosa que una inmensa decepción y un error inmensurable? En ese sistema que pone como realidad única, es decir, como única sustancia y como único agente la fuerza mecánica, cuanto encontremos en el mundo, no sólo existiendo como fuerza, sino obrando como ser, no puede tomarse sino como resultante, como

efecto, como medio. Pues bien: la obra espiritual es tal porque es causada por el espíritu, y el arte, y la religion, y la ciencia, y el derecho, y la sociedad, y las instituciones, y las costumbres, y las pasiones, y los afectos, y, en suma, cuanto aparece en el movable y rico panorama de la historia, no es efecto ni reflejo de cosa extraña al hombre, sino fruto que brota de sus entrañas, sino acciones que van surgiendo al calor de esa energía interior que incesantemente elabora la vida en las profundidades del espíritu.

¿Y luego esa historia no tiene una ley, no es formada con orden, no ofrece una trama llena de belleza ideal y de maravillas? ¿y cómo habia de suceder así, sino fuera porque existe un orden ideal suprasensible, y porque el espíritu, al realizar su obra en el tiempo, no hace más que imitar la obra de Dios y realizar aquel orden y plan, segun el cual, fué concebido el inundo y para el cual fué sacado de la nada?—¡Ah, pobre concepcion! El positivismo y el materialismo, dado que sean ellos dos sistemas y no uno mismo, son en todo el vigor de la palabra el error y la falsedad.

Pero ¡ah! que son más: son, tambien la degradacion moral y el envilecimiento, de tal manera que su definitivo triunfo marcaria la desaparicion de la nobleza moral entre los hombres. En este sistema, que se engalana hoy con el nombre de monismo dinámico, las moléculas se juntan, se mezclan, se separan en medio de un ritmo incesante é infinito, condénsanse las nebulosas, fórmanse los mundos, van escalonándose unos sobre otros gigantescos pisos, sobre ellos va la vida en inmenso hervor, bro-

tardo en miles y miles de seres que se aprietan y atropellan para respirar y vivir, y estos van cada vez multiplicándose en muchedumbre de generaciones, las cuales se mueven y se agitan, van y vienen de Oriente á Occidente, del Septentrion al Mediodía. Por todas partes un movimiento inmenso agita y hace palpar y estremecerse los mundos. ¿Pero para qué es todo ese agitarse y vivir? ¿A dónde de van esos seres y esos mundos? ¿A dónde va sobre todo el hombre, á dónde la, humanidad? ¿Cuál es su destino?—Luchar por la existencia, dice el mecanismo, y cada individuo buscar su placer, gozar y vivir. ¡Ah! luchar por la existencia. Cuando las razas y los pueblos y las naciones, olvidando la ley de justicia y la del amor, se arman unas contra otras y amenazan destruirse en tremendas batallas, venir á proclamar que es su destino y ley suprema el luchar para vivir, es decir, despedazarse y destruirse para dominar y vencer, es insensato y horrible. Despues de quitado Dios, y la vida moral, y la inmortalidad del alma, dejad que esa doctrina inspire á los hombres y los dirija. ¡Qué horror, señores! Pronto el inundo presentaría aquel cuadro aterrador de desolacion y espanto que nos pinta Byron en las tinieblas.—Y para el individuo, vivir y gozar siempre, apurar la copa de los placeres materiales y sensibles, sumergirse en ellos hasta lograr la hartura, y despues morir muerte eterna. ¡Oh, qué degradacion: y qué suprema desventura: y qué destino tan triste y desconsolador! ¿Qué haríamos de esos instintos sublimes que se llevan á las grandes cimas? ¿Qué de sus aspiraciones generosas? ¿Valdrian la pena de nacer y de morir esas alegrías y

placeres tan fugitivos seguidos siempre de dego amargo? Por otra parte, ¿á dónde irian á parar la nobleza del, carácter y la grandeza moral? Privada la humana naturaleza de, esa levadura que da el ideal y que levanta el espíritu, le dignifica y avallora, la vida seria toda abyeccion y envilecimiento. —Permitidme os lo diga: cuando anhelante he recorrido las obras de Büchner y Molleschott y Schafhausen y Huxley y Littré y otras de los modernos materialistas, un sentimiento de hondo disgusto y de repugnancia se ha levantado poderoso en mi ánimo. Del hombre tan grande y tan digno y hermoso, formado por la civilizacion europea, quieren hacer un animal inmundo, degradado por sensuales placeres.

*Latamque traen inglorius album.*

Algunos de los materialistas, entre los cuales como los más señalados debo citar á Strauss en su última obra *La antigua y la nueva fé*, y Lange en su *Historia del materialismo*, despues de enunciar su concepcion general del mundo y de la vida, nos hablan de un cierto ideal como elemento ético del materialismo, y á nombre de él se permiten hablar de sentimientos desinteresados con que alcanzar victorias sobre el egoismo individual, y exaltan el gusto y aficion á las artes, las letras y las ciencias, y recomiendan, como conducta meritoria, la colaboracion asidua á la obra general humana. Es decir, que quieren fundar una especie de ética ó religion humanitaria, que en su opinion reemplazaria con ventaja la moral y la religion del cristianismo.

Lo cual, en puridad, es exhumar las ideas sobre el humanismo de Feuerbach y de Ruge, cuyas doctrinas y tendencias se continúan muy especialmente en Strauss, al cual dejaron muy poco que hacer en este punto sus amigos y contemporáneos, los jefes de la izquierda hegeliana.—¡Ahl Pero cualquiera que paro mientes en el fondo y en la esencia de su doctrina, comprenderá que es pura contradicción cuanto pretendan fundar con carácter moral sobre las bases de su naturalismo grosero. Siempre que el materialismo ostente tales propósitos, vendrá un Max Stirner que como éste delante de Feuerbach hará valer delante de los modernos los derechos del egoísmo desenfrenado, de lo que él llamaba el individualismo total. Como el citado Max Stirner, dirá hoy el materialista sincero y lógico: «Esa pura humanidad y ese amor místico al hombre colectivo o al hombre género son fantasmas, palabras abstractas que en vuestros sistemas no tienen sentido alguno.» El amor de los hombres, ó la *anthropolatria*, es el culto más hueco que puede imaginarse, y su valor, si alguno puede tener, no puede ser otro que el de preparar la época del amor de sí mismo, ó sea la *autolatria*. —¿Qué me habláis, continuaba Max Stirner, de hombre género? ¿Pues no decís que no hay de real sino lo individual que dan los sentidos? Pues, si la humanidad es una quimera, resto del espiritualismo y del misticismo, el individuo no debe amar á nadie más que á sí mismo. *Quisque sibi Deus*. Tal es el compendio y la última palabra de la ética materialista.

## III.

El último grande error que vamos á examinar es el panteísmo. El panteísmo proclama la unidad de esencia, ó, como dice más á menudo, la unidad de sustancia, ora haga consistir ésta en una como materia estensa *substratum* universal de todas las modificaciones, ora en una fuerza *substratum* también y causa viva de todos sus fenómenos. Con más propiedad: el panteísmo considera la realidad, lo que existe, lo que es, como un todo, como una totalidad indivisible en sí y eterna, aunque determinable y movible en su interior. Lo uno, lo todo, lo indeterminado, lo indiviso, lo llama Dios, ó lo absoluto é infinito: lo dividido y deferenciado por limitación interior ó lo determinado por evolución en el tiempo, lo llama mundo, ó sea lo condicionado y lo finito.— Entre esos dos términos, aunque por darles nombres diferentes parezca que son dos distintos seres, en realidad no hay distinción alguna verdadera. En el panteísmo que, como el de Espinosa y Krause, construye la teoría sobre la categoría ó el concepto de la sustancia, las cosas o seres del mundo, no sólo son de Dios, sino que Dios es únicamente, aunque los citados autores lo nieguen, todas esas cosas tomadas juntas y vistas fuera de su limitación. Por donde puede asegurarse que Dios no es un sér, puesto que carece de lo que constituye el carácter fundamental

del sér, es decir, la individualidad: él no puede ser un sugeto, el uno, el absoluto, el infinito; sino un adjetivo, lo uno, lo absoluto, lo infinito, ó, lo que es lo mismo, lo neutro, lo indeterminado: todo lo cual significa que no es Dios.—En los sistemas panteístas, que, en vez de considerar el mundo como la sustancia que se limita interiormente ó como los fenómenos y séres que se desprenden y bajan de esa sustancia, le consideran cual lo hacen Hegel y Schopenhauer, y algunas veces Schelling, como una fuerza que asciende y se determina, Dios es: primeramente, esa fuerza vaga ó lo ideal en su indeterminacion, y luego el resultado de todas las sucesivas determinaciones, mediante las cuales se actúa esa fuerza y se concreta el ideal: y como el resultado abraza toda la série de las determinaciones y las contiene, podemos decir que él es, en resolucion, latotalidad de las mismas.—Es decir, que en esta segunda y más principal direccion, Dios, aunque Hegel, introduciendo en su sistema la palabra idea y poniendo como base de su doctrina y construccion la categoría del sér, haga creer que su absoluto es individuo; Dios, volvemos á decir, es en ese, como en los demás panteísmos, no un sér, sino primero lo indefinido é indeterminado, y luego lo total, lo colectivo. Y, por conclusion, si esto es Dios, él no es un sér distinto y fuera del mundo, sino el mundo mismo, considerado por una faz y en uno de sus momentos.

Y ahora, viniendo al otro término, o sea al mundo, ó si decimos á las cosas y séres finitos, estos en tanto que se forman por limitacion interior de la sustancia única o que se dan como determinaciones de la idea ó la fuerza absoluta, no tienen valor propio y

sustantivo y permanente: son para el primero de los dos panteismos citados como ondulaciones del agua del mar cuando el viento riza sus olas, ó como burbujas de agua que apenas si aparecen á la vista, desaparecen para siempre, y para el segundo, como momentos transitorios en esa corriente que lleva las cosas á desconocido oceano, ó como punto imperceptible del continuo devenir en la precipitada carrera del tiempo.

De manera, señores, que en la concepcion panteísta, Dios es lo vago, lo neutro, lo indefinido, y el mundo, o mejor dicho, los séres que le forman, son lo accidental, lo fenomenal ó lo transitorio. De donde se deduce que ni Dios es verdaderamente, ni son verdaderamente los séres del mundo, porque ni aquél es individuo, ni éstos son séres sustantivos y propios: y así no queda más que la eterna sustancia, limitándose eternamente, ó el eterno devenir, realizándose y agitándose sin principio ni fin en un espacio incomprendible é incomedurable.—¡Sistema monstruoso, que buscando y hablando del sér, no contiene en sí, bien mirado, más que la nada! ¡Terrible concepcion que confunde á la razon y la anonada!

Y sin embargo, señores, esta concepcion, digamos la palabra, tan estupenda es la eterna tentacion del pensamiento humano, es el abismo á donde ha ido á sumergirse en todas las épocas de su mayor vitalidad y de más alta grandeza. ¿Qué misterio es este? ¿Por qué fascina tan á la continua la humana inteligencia?—Fácil es comprenderlo: en primer lugar, porque la razon es la facultad de lo uno y lo absoluto, y tomada como de nostalgia, mientras per-

manece en la region inferior, va afanosa uno y otro dia, borrando límites, suprimiendo diferencias, buscando lo general sobre lo particular y sobre aquello lo universal, subiendo siempre ó regresando siempre desde el humilde comienzo en que empieza su vida, y de uno á otro grado, va marchando hasta dar con la unidad que todo lo comprenda, que todo lo cause, todo lo funde y que á todo dé esencia, y vida. Pues este uno absoluto é infinito, el panteismo se le ofrece á la razon, diciéndola: ahí tienes lo que deseas; y suele la razon seducida abrazarse á ese sistema.—Por otro lado, si el hombre se coloca en el centro de los séres para construir ó explicar la realidad toda, encontrando delante de sí á Dios y al mundo, y no pudiendo concebirles sino en unidad, puesto que dos absolutos y dos infinitos repugnan y dos finitos sólo no se comprenden, busca la unidad de ellos, y suele encontrarla declarando el mundo sumamente en Dios ó á Dios sumamente en el mundo. Con lo cual no sólo explica la unidad necesaria de entrambos, mas tambien la unidad de todos los séres que debajo ó dentro del mundo viven, los cuales mediante esta relacion de la inmanencia se dan todos sobre su particular é individual diferencia en unidad esencial, y á un tiempo mismo se cumple la gran necesidad de las cosas de ser y vivir todas en una manera de enlace y comunidad que las haga inteligibles, y que haga conocer aquél su mútuo influjo y recíproca accion y reaccion de que se origina la vida universal.—Pero este desgraciado sistema, si logra expresar por la inmanencia la unidad que busca, es destruyendo el sér de Dios, así como al expresar cual vimos antes por lo abso-

luto la unidad, subiendo desde las cosas y su oposicion, le quita su realidad. Quítasela en este último procedimiento., porque en efecto, el Dios, que la razon humana busca y afirma, subiendo desde el mundo, es sobre todo causa; como tal le afirma, no hallando en lo infinito y condicionado la razon de su existencia.

Así es que o Dios no existe ó es causa, y no puede ser causa si no es trascendental, lo cual tanto vale como decir si no es una causa colocada fuera de la série de las causas creadas y segundas y si no es una personalidad, es decir, un sér en sí y para sí, es decir además, sér activo, inteligente y libre. Y esto aun mirándole sólo como causa de la naturaleza ó del sér inconsciente; mucho ménos podria serlo del sér consciente, ó si decimos del espíritu finito, siendo absurdo que diese de sí la causa en los efectos lo que ella no tiene. Pues no ménos le destruye cuando, colocándose en el centro de las cosas, afirma la inmanencia de aquél en el mundo ó la del mundo en él: por alcanzar la unidad del todo le quita á él la personalidad y con ella toda distincion. El Dios de la inmanencia no es un sujeto, no es un sér de actualidad, *non est sed fit*. Este Dios inmanente é impersonal, que no es, sino que se hace, es un absurdo y una contradiccion. El panteismo rehusa la personalidad á Dios para salvar en él el atributo de infinito, y le condena á realizarse en lo finito. ¿Pero qué adelanta con esto? Por más que multiplique lo finito, jamás éste podrá contenerle ni engendrarle, ni la coleccion de séres finitos será adecuada á la idea de Dios. Retirad sin medida, se ha dicho á los panteistas hace ya tiem-

po, ensanchad sin medida los límites del espacio y del tiempo; poblad estas extensiones con millares de mundos; con todo esto no hareis sino impotente ensayo para traspasar lo finito; no tendreis sino lo que le presupone, no lo que le precede; lo indefinido, no lo infinito. ¡Pobre Dios, por otra parte, éste del panteísmo, obligado á recorrer todas las estaciones y términos de un proceso fatigoso, siempre empujado por una terrible fatalidad que le espolea y le atormenta! ¡Pobre Dios, condenado á tantas miserias, á tantas luchas, desfallecimientos y caidas! ¿Y luego, para qué emprende esa expedicion trabajosa? ¿A dónde va? Aprisionado en lo finito, jamás llega á realizar el sueño de lo infinito, que le atormenta. Él se condena al eterno suplicio de una sed nunca satisfecha, de una esperanza siempre frustrada.

Y si Dios queda destruido en este sistema de la inmanencia, ¿qué será de la individualidad? Sabido es que el panteísmo se ha distinguido siempre por su afán en borrar todo lo particular, lo personal, lo libre. Él no ama ni aprecia lo múltiple, lo vario, lo que distingue y divide, lo que es independiente, antes busca siempre y avalora y ensalza lo simple, lo universal, lo uno, lo total, lo absoluto. Él quiere abrazar siempre, no las partes, sino los grandes conjuntos; no tales ó cuales estados ó situaciones, sino la totalidad de los momentos vistos siempre en su unidad y en unidad sin principio ni fin. Y todo es en él fatal y necesario, todo marcha, se desenvuelve, se explica, se agita, segun ley inflexible que nada contradice ni modifica. No: no puede existir en la concepcion panteista la individualidad. Si

Dios es la sustancia universal, todos los seres son parte no más, modos de esa sustancia. Si él es la fuerza absoluta, y la vida del mundo es el desarrollo de la vida de Dios, cada fenómeno ó acto ó movimiento de ese mundo no es más que un momento fugitivo, una sombra, un accidente. Ved, si no, el sistema de Hegel ó el de Schopenhauer; es decir, el panteísmo dinámico, el único ya posible en el estado de la ciencia: veamos el de Hegél, el más completo sin duda de todos. En él el absoluto, desde su comienzo eterno, se despliega y aplica para actuar su contenido, ó dígase para alcanzar la absoluta realidad, el espíritu absoluto. ¿Qué vemos en el curso de ese proceso? Un elemento idéntico fluido soluble que no tiene punto alguno fijo ni contornos, ni nada que determine y funde y permita una individualidad, y luego momentos, estaciones que son preparaciones preliminares de momentos superiores y formas transitorias que toma y se da la idea, las cuales borra y deshace á cada momento. Y esa idea, esa fuerza cósmica, ese espíritu interior, por una cruel ironía va hundiendo en el tiempo todo lo que llama á la vida: nuevo Ashasvero, Chronos omnívoro que muda la historia en un vasto cementerio, ó como dice Bachman, en un osario de Morat, en que aparecen las sombras de los difuntos á la hora del crepúsculo y en donde el profeta de la muerte, el ave medrosa, esparce sus gritos siniestros y lamentables. Verdad es que va á crear el espíritu absoluto, y una vez creado en la mente del filósofo, le presenta como la gran realidad. ¿Pero qué queda delante del espíritu absoluto para los espíritus individuales? ¿No están ellos en esa construcción del

idealismo absoluto como medios tan sólo y como términos para que exista ese espíritu absoluto?— ¿Mas qué hablamos de individualidad ni de personalidad en estas concepciones? La verdadera individualidad, ó sea la personalidad, tiene por nota distintiva y condicion suprema la libertad.

Pues ahora bien: en esa evolucion hegeliana, el desarrollo es fatal y necesario: todo está contado, predicho, determinado, todo se halla dominado por esa tricotomia monótona del sér, en sí, por sí y para sí, de la tésis, la antítesis y la síntesis, y las cosas van empujadas, movidas, dirigidas, gobernadas por la ley lógica, ley fria, dura, inexorable, ante la cual todo se pliega y se rinde., La libertad para los panteístas de todos los tiempos, y lo mismo para los de los nuestros, no es sino un concepto que se apoya en la ignorancia de la razon, y cuando ésta se ilustra, luego al punto, segun ellos, advierte que los actos llamados libres entran en el dominio de la casualidad ordinaria; así que para ellos comprender la libertad, es referirla al órden necesario. ¡Hablar de libertad, de libre albedrío! ¿Cómo ha de ser libre el hombre, breve aparicion de un fenómeno en la superficie de lo infinito? ¿Qué puede hacer el átomo humano en ese torbellino que lleva y empuja al mundo, en cuyo seno se halla sumergido y encadenado? El no es, así como cuanto le rodea, otra cosa que un efecto, ni su vida sino una resultante. La historia no es, como él se figura, su propia obra, sino la obra de secretas potencias que apenas se dejan entrever bajo las movibles oleadas de creaciones sucesivas, no bien aparecidas cuando destruidas, ó el trabajo del sér absoluto que, bajo la eterna ley de la metamór-

fosis, renueva todo para destruirlo en un tiempo que no tiene presente, como no tuvo principio ni tendrá fin.

¿Y qué moral puede salir de esta concepción de la vida? Si el mundo, del todo indiferente á la suerte del hombre, le aplasta y tritura apretándole con las tenazas de la dura y fría necesidad, viéndose el hombre arrastrado por la corriente como arista que lleva el viento; si este sér desdichado, nada puede hacer con su voluntad para mudar el curso de las cosas que le mortifica y le aplasta, siendo vano todo esfuerzo y estéril todo afán; si no hay una Providencia que pueda apiadarse de la pobre criatura, ni Dios á quien se eleve desde esta region de miserias en busca de apoyo y consuelo, ni otra patria más allá de la tumba en que puedan encontrar gloriosas compensaciones los que aquí padecieron por la razón y la justicia y los que aceptaron con resignación y moral heroísmo los dolores y fatigas de este otro triste mundo, ¿qué debe ser para el hombre la vida, cual su destino? ¿Qué moral debe salir para él de las doctrinas panteistas? ¿Cuál? El pesimismo de Schopenhauer, el triste, sombrío y desesperador pesimismo. La vida en esas condiciones, sin esperanza ni consuelo, es peso insoportable, ó indigna farsa, ó cruel y sangrienta ironía. ¿Qué hacer sino arrojar ese peso que nos abruma? ¿Qué cosa puede haber digna del hombre más que la de huir por la muerte de ese drama sangriento en que no le espera sino sufrir, padecer, llorar y sentir dolores que nunca se acaban? ¡Ah! sí: el pesimismo con todo su cortejo de cosas lúgubres, la fatalidad, la muerte, la nada; tal es la conclusión del panteísmo.—He-

gel, absorbido en la contemplacion del espíritu absoluto, como Espinosa en la de la sustancia, no colocándose jamás en el punto de vista del sugeto, ó digamos de los individuos, pudo no llegar á esta consecuencia; pero de su sistema nació una cosa no ménos fúnebra que el pesimismo de Schopenhauer, es á saber, el quietismo científico con el desprecio de la accion y. la indiferencia sobre la suerte de la pobre criatura humana: quietismo que, en muchos de sus discípulos, degeneró, sin grande esfuerzo, en un egoismo aristocrático é insolente, que aun hoy hemos visto revelarse con extraña ingenuidad en la última produccion de Renan.

¡Triste conclusion de ese gran movimiento que parecia prometer á la Europa cosas tan esplendorosas! ¡Extraña ironía del destino esto de condenar á la razon, en sus más bellos momentos y en sus más grandes arranques, á renegar de sí misma y hacer una obra cuya última palabra es la nada! ¿Será este acaso justo castigo de su orgullo y su soberbia? Yo no lo sé; pero aflige y desconsuela echar ahora una mirada sobre ese movimiento del pensamiento aleman que ha ido amontonando ruinas y destruyendo unas tras otras todas las creencias y grandes realidades que atesoraba la conciencia humana, y ver que cuando pretendia descubrir las profundidades del sér, nos ha presentado la negacion y la muerte como la revelacion del gran secreto y como la solucion del gran problema de la vida.

## IV.

Considerad ahora, señores, por un momento las dos corrientes que se han derivado de esos dos grandes errores que he llamado mecanismo materialista y panteísmo. Las dos nos dan una concepción de que está ausente Dios: en las dos vemos una evolución que no tiene comienzo ni acabamiento, evolución regida por la fatalidad y que engendra un orden puramente físico ó lógico donde no hay lugar ni para la libertad, ni para la conciencia, ni para la moral, ni para la justicia, donde no se oye otra cosa que el monótono ruido de ese sér misterioso que llaman idea absoluta, ó sustancia universal, ó cosa-principio, ó fuerza cósmica y que pasa destruyendo y riéndose de las criaturas, dándose á sí mismo el placer de una caprichosa creación y destrucción. En esas corrientes no está el porvenir, sino el retroceso y la barbarie: por ese camino, no se va á la perfección y al progreso, sino á la miseria y al embrutecimiento. Es menester, pues, orientar de nuevo hacia otro lado el pensamiento: es menester volver á aquellos caminos por donde venían elevándose los pueblos europeos: digámoslo de una vez: es menester volver á la gran tradición espiritualista, la que inspiró á Platon y á Aristóteles, á San Agustín, y á San Anselmo, y á Santo Tomás, y á Fray Luis de Leon, y al de Granada, y á Descartes,

á Bossuet, á Fenelon, y que en nuestros días ha sido ó es mantenida, con sin igual grandeza, por Gioberti, Mamiani, Ravaisson, Herman Fichte, Ulrichi, Gratry, Trendelemburg, Ritter y tantos y tantos ilustres representantes de la ciencia.

El espiritualismo, señores, es la profesion de fé natural de la razon. Hace tiempo se ha dicho que el alma es naturalmente cristiana, y yo añado, que no lo es, sino porque el cristianismo es, en todo el rigor de la palabra, el verdadero espiritualismo.—Aristóteles nos ha conservado el recuerdo de la universal admiración que experimentaron los contemporáneos cuando Anaxágoras, en medio de los errores de aquellos tiempos, llegó á hablar de una inteligencia formadora del órden del mundo. Yo no me he podido explicar jamás cómo despues que se formuló el espiritualismo con más ó ménos perfeccion en esa hora dichosa han podido producirse de nuevo aquellos otros que le niegan y contradicen, y ménos cómo ellos han podido eclipsar por algun tiempo semejante concepcion que todo lo aclara, y explica cuanto es dable á la inteligencia del hombre y fuera de la cual todo son dudas y misterios ó absurdos y contradicciones.—Delante del gran problema de los orígenes, para el cual los dos sistemas antes expuestos nos ofrecen sólo el caos, el espiritualismo presenta la grande idea del espíritu absoluto que crea y produce como poder, y como inteligencia, distingue, ordena y dirige. *In principio erat verbum et verbum erat apud Deum.* El Logos, mas la fuerza, cuya reunion en una absoluta é indivisible unidad constituye el espíritu: tal es el comienzo necesario de toda cosa y de todo pensamiento. Pues es-

ta es la primera afirmacion del espiritualismo, este su gran dogma, esta su gran solucion tocante al principio de las cosas. Hay un Dios, espíritu absoluto é infinito, el cual creó el mundo sacándole de la nada, y le rige y gobierna con su providencia.

Cuanto á la universalidad de las cosas, es decir, al universo mundo, el espiritualismo afirma que él es una realidad sustantiva, pero sobrepuesta á un órden ideal y sobrenatural que en ella se encarna y cuya vida y movimientos dirige. En efecto; el cosmos en su totalidad y en toda su distincion interior y en toda su evolucion, manifiesta un órden y un sistema: luego es segun idea y pensamiento.—Y esa realidad sustantiva es en este sistema fuerza; pero no de igual índole, pues es primeramente impulso derivado del sér absoluto que, unido á la materia para determinarse y diferenciarse, se mueve y transforma segun ley matemática, por donde puede llamársela fuerza mecánica: es más adelante monada animada que se esterioriza y concreta en un organismo, desde cuyo interior se desenvuelve y vive: es, por último, y en el grádo más alto, la verdadera realidad finita, aquella que siendo ella misma su propio fin, es la razon de todos los demás séres del mundo, y por eso gravitan hácia ella y hácia ella ascienden y la preparan y prefiguran: esta realidad es el espíritu humano. Como espíritu es de la misma esencia de Dios, es decir, está hecha á su imagen y semejanza. Por eso es en sí y para sí, tiene libertad y fin propio, y mediante su razon se eleva hasta lo absoluto y mediante su corazon puede quererle y amarle y aspira con aspiracion creciente á subir hasta él y descansar en su seno. Y por tal

manera y por tales circunstancias, el espíritu, aún acá abajo, con estar unido al mundo físico, como que en él vive y se desenvuelve, forma además otro mundo, el mundo moral y ético, mundo de la libertad y del amor, mundo en que el hombre se une á Dios en una comunión misteriosa que se cumple en las sagradas moradas de la conciencia.

Las realidades que hemos dicho, existen antes del hombre, y los procesos cumplidos hasta la aparición de éste, no agotan todos los desarrollos del mundo, ni marcan el término de su vida. Ese vivir del universo, ese agitarse y desplegarse en todas direcciones, como ha tenido un principio, debe de tener un fin. El espiritualismo es el único que puede fundar la verdadera teleología. Arrancando de la afirmación de una inteligencia infinita, y concibiendo el mundo bajo la idea de un plan que se realiza, él puede decir á dónde se encamina el universo, qué derroteros lleva el hombre y qué destino ha de cumplir. Y, acá, en lo que toca á la terrenal historia, fundará sobre ideas elevadas la teoría del progreso, el cual no ha de concluir hasta que se forme la humanidad, y que desenvolviendo ésta todo su contenido, mediante incesantes y graduales desarrollos, aparezcan en este planeta en toda la plenitud que nuestra naturaleza finita consienta el bienestar, la bondad, la belleza, la ciencia y la justicia.—Y como en este mundo no habrá para el hombre, aún en las épocas más venturosas que el porvenir pueda guardar en su seno, nada que sea bastante á hartar su sed de lo infinito, ni verá desaparecer sus dolores, ni borrarse todas las contradicciones que tanto afligen, la conciencia: como él, ciudadano

de otra patria, suspira hacia ella sin cesar, el espiritualismo, recogiendo todos estos movimientos del alma que surgen de la historia como un anhelo y como una irresistible aspiración, mostrará más allá de la tumba una nueva existencia que será como el remate de esta otra vida, como la suprema solución de todas las contradicciones y como la satisfacción soberana de las esperanzas de los espíritus creados.

Paréceme, señores, que este es el resultado á que tiende ya hoy, y á que ha de llegar en su última forma el movimiento de universal renovación, abierto para la ciencia europea en el último tercio de la pasada centuria, el cual está llamado á dar la profesión de fé definitiva de la humanidad pensante. —El panteísmo decae y se descompone en su patria natural, la Alemania, y apenas si tiene hoy partidario alguno decidido y entusiasta, fuera aparte de tal ó cual Hegeliano como Vera, Harms, Michelet, ó este ó aquel krausista, espíritus todos que á pesar de su profundísimo saber, parecen rezagados y cual si vivieran fuera de la hora presente. Empujado él por la lógica, y colocado en medio de las corrientes positivistas que le oprimen, y de las espiritualistas que le acosan y solicitan, está destinado á desaparecer, pasando sus restos, ora á una, ora á otra de las dos opuestas escuelas, en torno de las cuales se librarán las últimas batallas del pensamiento. O materialista ó espiritualista: tal será dentro de poco la alternativa que se presentará delante de todos los espíritus. —Para mí no es dudosa la victoria, y yo creo firmemente que la razón, por un momento extraviada, volverá á sus verdaderos instintos, á su propia naturaleza, y que se reconocerá de nuevo en el noble

y hermoso espiritualismo.—El positivismo tiene aún, es verdad, cautivado el pensamiento, no sólo por lo nuevo y lo ingenioso de sus doctrinas y por cierta sencilla grandeza de algunas de sus construcciones científicas, sino por haber llevado á aquél al centro de la realidad finita, permitiéndole penetrar en su interior y en todos sus detalles por medio de los procedimientos más adecuados al conocimiento de esa realidad. El sistema espiritualista, además, no ha sabido todavía renovarse al golpe de notables principios que se han ocasionado en gran parte de los maravillosos progresos de las ciencias experimentales, ni ha logrado aún hacer entrar esos descubrimientos dentro de sus propios moldes.— Pero ¿qué hay en su metafísica que no se comparezca con todas las verdades proclamadas en estos tiempos? La doctrina de que la fuerza es la gran realidad y la evolución la forma y la ley de la vida, doctrina de que tanto se enorgullece la ciencia contemporánea, ¿no está ya en Aristóteles y Leibnitz? ¿La unidad de las fuerzas físicas y químicas, su permanencia, su correlación y sus transformaciones, tienen algo que sea incompatible con el espiritualismo? Diré más: ¿hay alguna metafísica que pueda dar á todos esos principios bases tan sólidas como la metafísica espiritualista? Lo que al espiritualismo falta es acabar de construir la ciencia del mundo, así el de la naturaleza como el del espíritu, ó si decimos, el mundo del mecanismo y aquel otro en que se despliega la vida, y en que nace la conciencia, y unir uno y otro bajo su alta inspiración en una unidad íntima, orgánica y viva, aprovechando para ello los ricos y valiosos materiales que las escuelas panteis-

tas, y á veces las positivistas, han de dejar como importante legado. Cuando haya hecho esto, y si para entonces se ha calmado esa fiebre que turba, con el ruido de las pasiones, las serenas regiones del pensamiento, y nos distrae á veces de las grandes cosas, el alma humana, empujada suavemente, y como llamada por amoroso reclamo, volverá sus ojos anhelosa y confiada hacia el espiritualismo. Y en esa hora feliz se pacificará la conciencia y las nobilísimas creencias que han alimentado hasta ahora la humanidad encontrarán completa y cabal satisfacción.

---